



DÍA CON DÍA
Héctor
Aguilar
Camín

Fin del informe

Se terminó el Informe presidencial, un ritual muerto hace tiempo como Día del Presidente y vivo, en cambio, como día de la rijosidad protocolaria de la oposición.

Su fin es la resultante un tanto estéril de dos abusos históricos: el de su conversión en ritual de idolatría al Presidente; y el de su paulatina demolición por las asonadas de la oposición que empezaron interpellando al Presidente y terminaron no dejándolo hablar.

El silencio unánime de los primeros tiempos terminó en el ruido ubicuo de los últimos. La solemnidad devino burla y el respeto sacramental, arenga callejera.

La demolición del Informe habla del sentido y de los modales de nuestra democracia, ambos urgidos de corrección.

La democracia mexicana se hizo para repartir y contener los poderes presidenciales. Hace tiempo que el reparto y el acotamiento de esos poderes dejó de ser razonable. Pasamos de un Presidente con poderes de temer a un Presidente con poderes disminuidos al punto de la broma.

Todo se ha fortalecido en el país a costa del antes todopoderoso Presidente de México: los gobiernos estatales, los líderes de los grandes sindicatos, la oposición en el Congreso, los poderes fácticos. De los 500 mil policías que hay en el país, sólo 20 mil están bajo el mando directo del Presidente.

El debilitamiento presidencial se ha cumplido en todos los órdenes, al punto de que le han prohibido ya hasta hablar en el Congreso. Nada menos. Conviene revisar si no se ha ido demasiado lejos y ahora hay que caminar un poco en el sentido inverso y refortalecer la Presidencia, en vez de seguirla lisiando.

Los modales del Congreso ameritan también reflexión. Impresiona que unas bancadas de oposición no puedan contener sus improperios ante el titular del Ejecutivo, ni concederle en su recinto el espacio y el tiempo necesarios para que lea un discurso sobre el estado de la nación. Podían haber acotado el discurso. Lo eliminaron.

Congreso y Presidente parecieran enemigos de una guerra en curso, no los adversarios de una polis democrática, donde los poderes se respetan y se dan su lugar, a despecho de sus diferencias.

El abuso del besamanos presidencial terminó en el abuso de los pisotones al derecho del Presidente para hablar en el Congreso.

Son los extremos de una democracia rústica, grosera y sin etiqueta, que confunde la rijosidad con la independencia y no entiende que las maneras son la esencia de la política democrática; no su vestido, sino su corazón.

(Publiqué este artículo en este espacio hace exactamente un año. Creo que puedo reimprimirlo sin faltar a la actualidad). ■ M

acamin@milenio.com

